

Atiq Rahimi

**La piedra de la paciencia**  
*(Sangue sabur)*

Traducción del francés de  
Elena García-Aranda

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Este relato, escrito en memoria de N. A.  
—poetisa afgana salvajemente asesinada  
por su marido—, está dedicado a M. D.*

*Del cuerpo para el cuerpo con el cuerpo  
desde el cuerpo y hasta el cuerpo.*

ANTONIN ARTAUD

En alguna parte de Afganistán, o en cualquier otro lugar.

La habitación es pequeña. Rectangular. Agobiante a pesar de sus paredes claras, color azul cian, y de las dos cortinas con dibujos de aves migratorias atrapadas en el vuelo, sobre un cielo amarillo y azul. Llenas de agujeros, dejan pasar algunos rayos de sol que van a terminar en las franjas apagadas de un kilim. Al fondo de la habitación hay otra cortina. Verde. Lisa. Oculta una puerta condenada. O un trastero.

La habitación está vacía. Vacía de cualquier adorno. Excepto la pared que separa las dos ventanas, en la que cuelga un pequeño kanyar, y debajo del kanyar, la foto de un hombre con bigote. Debe de tener unos treinta años. Cabello rizado. Rostro cuadrado, enmarcado por unas patillas cuidadosamente recortadas. Sus ojos negros brillan. Pequeños, separados por una nariz aguileña. El hombre no está riendo, sin embargo, parece contener la risa. Eso le da un aspecto extraño: el de alguien que, para sus adentros, se burla de quien lo mira. Es una foto en blanco y negro, coloreada a mano en tonos desvaídos.

Frente a esa foto, al pie de la pared, el mismo hombre, algo mayor ahora, está acostado sobre un colchón rojo

colocado en el suelo. Lleva barba. Entrecana. Ha adelgazado. Demasiado. No le queda más que piel. Pálida. Llena de arrugas. Su nariz cada vez es más aguileña. Ya no ríe. Pero todavía tiene ese extraño aspecto burlón. Su boca está entreabierta. Los ojos, aún más pequeños, se le hunden en las cuencas. Su mirada está fija en el techo, entre las vigas ennegrecidas y podridas. Sus brazos, inertes, se extienden a lo largo de su cuerpo. Bajo la piel traslúcida, las venas se entrelazan como lombrices con los huesos que sobresalen del esqueleto. En la muñeca izquierda lleva un reloj, y en el anular una alianza de oro. En el dorso del brazo derecho, un catéter destila un líquido incoloro que sale de una bolsa de suero colgada de la pared, justo encima de su cabeza. El resto de su cuerpo está cubierto por una larga camisa azul, bordada en el cuello y en las mangas. Las piernas, rígidas como estacas, están tapadas por una sábana blanca, sucia.

Oscilando al ritmo de su respiración, una mano de mujer se posa en su pecho, sobre el corazón. La mujer está sentada. Con las piernas encogidas y pegadas al cuerpo. La cabeza sobre las rodillas. Los cabellos negros, muy negros y largos, cubren sus hombros, que se balancean, siguiendo el movimiento regular de su brazo.

En la otra mano, la izquierda, sostiene un largo rosario negro. Desgrana las cuentas. Silenciosamente. Lentamente. Siguiendo la misma cadencia que sus hombros. La misma cadencia que la respiración del hombre. Cubre su cuerpo con una larga túnica. Púrpura. Adornada en las mangas y en el bajo con discretos motivos de espigas y flores de trigo.

Al alcance de su mano, abierto por las guardas y colocado sobre un almohadón de terciopelo, un libro, el Corán.

Una niña pequeña llora. No está en la misma habitación. Puede que esté en el cuarto de al lado. O en el pasillo.

La cabeza de la mujer se mueve. Fatigada. Abandona el cobijo de sus rodillas.

La mujer es hermosa. Justo en el rabillo del ojo izquierdo, una pequeña cicatriz le estrecha ligeramente el final del párpado, prestando una extraña inquietud a su mirada. Sus labios carnosos, secos y pálidos, musitan suave y lentamente una misma palabra de oración.

Una segunda niña llora. Parece que está más cerca que la otra; seguramente detrás de la puerta.

La mujer retira la mano del pecho del hombre. Se levanta y abandona la habitación. Su ausencia no cambia nada. El hombre no se mueve. Continúa respirando silenciosa, lentamente.

El ruido de los pasos de la mujer hace callar a las dos niñas. Se queda con ellas un buen rato, hasta que la casa, el mundo, se disuelven en sombras en sus sueños; después regresa. En una mano lleva un frasquito blanco, en la otra, el rosario negro. Se sienta al lado del hombre, abre el frasco, se agacha para echarle dos gotas de colirio en el ojo derecho, dos gotas en el ojo izquierdo. Sin soltar el rosario. Sin cesar de desgranarlo.

Los rayos de sol, pasando a través de los agujeros del cielo azul y amarillo de las cortinas, acarician la espalda de la mujer, mientras sus hombros oscilan regularmente, con la misma cadencia que el paso de las cuentas del rosario entre sus dedos.

Lejos, en algún lugar de la ciudad, explota una bomba. Violentamente. Sin duda ha destruido casas, sueños. Responden. Las respuestas al ataque laceran el pesado silencio del mediodía, hacen temblar los cristales, pero no despiertan a las niñas. Inmovilizan por un instante —justo dos cuentas del rosario— los hombros de la mujer. Se guarda el frasco de colirio en el bolsillo. «Al-Qahhar», murmura. «Al-Qahhar», repite. Lo repite a cada respiración del hombre. Y a cada palabra, desliza entre sus dedos una cuenta del rosario.

Acaba una vuelta de rosario. Noventa y nueve cuentas. Noventa y nueve veces «Al-Qahhar».

Se incorpora para volver a su lugar en el colchón, junto a la cabeza del hombre, y vuelve a ponerle la mano derecha sobre el pecho. Comienza otra vuelta de rosario.

Cuando llega otra vez al noventa y nueve Al-Qahhar, su mano abandona el pecho del hombre y se desliza por el cuello. Los dedos se pierden primero en la barba tupida, y se quedan allí durante una respiración o dos. Resurgen luego para continuar por los labios, acariciar la nariz, los ojos, la frente y, por último, volver a desaparecer entre la espesura de los cabellos sucios. «¿Sientes mi mano?» Con el cuerpo roto, inclinado sobre él, ella le clava los ojos. Ninguna señal. Aproxima la oreja a sus labios. Ningún sonido. Sigue teniendo el mismo aspecto despavorido: la boca entreabierta, la mirada perdida entre las oscuras vigas del techo.

Ella se agacha todavía un poco más para murmurar: «¡En el nombre de Alá, hazme una señal para decirme que sientes mi mano, que me ves, que te acuerdas de mí, de nosotras! Sólo una señal, una pequeña señal para



darme fuerza, fe». Sus labios tiemblan. Suplican «Sólo una palabra...», deslizándose por la oreja del hombre y rozándola. «Espero al menos que me escuches.» Posa la cabeza en el almohadón.

«Me habían dicho que al cabo de dos semanas podrías moverte, hacer señales... Pero estamos en la tercera semana... o casi. ¡Y todavía nada!» Se gira y se tumba sobre la espalda. Su mirada se pierde junto con la mirada del hombre, en algún punto entre las vigas negras y podridas.

«Al-Qahhar, Al-Qahhar, Al-Qahhar...»

La mujer se da la vuelta lentamente. Fija, desesperada, su mirada en el hombre. Le pone de nuevo la mano sobre el pecho. «Si puedes respirar, entonces podrás contener la respiración, ¿no? ¡Contentla!» Colocándole los cabellos bajo la nuca, insiste: «¡Contentla sólo una vez!». Y pone de nuevo la oreja sobre su boca. Escucha. Oye. Él sigue respirando.

Perdida, masculla: «No puedo más».

Después de un suspiro exasperado, se levanta súbitamente, y repite, alzando la voz: «No puedo más...». Abatida. «De la mañana a la noche, recitando sin cesar los nombres de Dios, ¡no puedo más!» Se acerca algunos pasos a la foto, pero no la mira, «hace ya dieciséis días...», duda, «no...» y cuenta con los dedos, titubeante.

Confusa, da la vuelta, regresa a su sitio para echar un vistazo a la página abierta del Corán. Verifica. «Dieciséis días... hoy es el décimo sexto nombre de Dios el que tengo que recitar. Al-Qahhar, el Dominador. Eso es, muy bien, el décimo sexto nombre...» Pensativa. «¡Dieciséis

días!» Retrocede. «Dieciséis días viviendo al ritmo de tu respiración.» Agresiva. «Dieciséis días respirando contigo.» Mira fijamente al hombre. «Respiro como tú, ¡mira!» Aspira el aire profundamente, después lo expulsa dolorosamente. Al mismo ritmo que él. «Aunque no tenga la mano sobre tu pecho, también puedo respirar como tú.» Se inclina sobre él. «Incluso aunque no esté a tu lado, respiro al mismo ritmo que tú.» Se aleja. «¿Me escuchas?» Lanza un grito: «Al-Qahhar», y de nuevo empieza a desgranar el rosario. Siempre con la misma cadencia. Sale de la habitación. Se la escucha: «Al-Qahhar, Al-Qahhar...» por el corredor y más allá.

«Al-Qahhar...» se aleja.

«Al-Qahhar...» se hace cada vez más débil.

«Al...» imperceptible.

Desaparece.

Transcurren algunos instantes en silencio. Después «Al-Qahhar» resuena de nuevo contra la ventana, en el corredor, detrás de la puerta. La mujer entra en la habitación y se para al lado del hombre. De pie. Su mano izquierda no deja de desgranar el rosario negro. «Incluso puedo decirte que, durante mi ausencia, has respirado treinta y tres veces.» Se acuclilla. «E incluso ahora, mientras te hablo, puedo contar tus respiraciones.» Levanta el rosario para ponerlo ante el indeterminado campo de visión del hombre. «Mira, desde que he llegado has respirado siete veces.» Se sienta en el kilim y continúa: «Ya no divido mis días en horas, ni las horas en minutos, ni los minutos en segundos... ¡para mí un día es igual a noventa y nueve vueltas de rosario!». Fija su mirada en el viejo reloj de pulsera que sujeta los huesos de la muñeca del hombre. «Incluso puedo decirte que quedan cinco vueltas de rosario antes de que el mulá haga la llamada a

la oración del mediodía y predique los hadith.» Un instante. Calcula. «A la vigésima vuelta, el aguador llamará a la puerta de los vecinos. Como de costumbre, la vieja vecina, con su tos ronca, saldrá a abrirle la puerta. A la trigésima, un muchacho pasará por la calle en bicicleta, silbando la canción de “*Laila, Laila, Laila yan, yan, yan*, me has roto el corazón...” a la hija del vecino.» Se ríe. Una risa triste. «Y cuando llegue a la vuelta número setenta y dos, el idiota del mulá vendrá a visitarte, y como siempre, me hará reproches, porque, según él, no te atiendes bien, no he seguido sus instrucciones, he descuidado las oraciones... ¡si no, ya te habrías curado!» Pasa la mano por el brazo del hombre. «Pero tú, tú eres testigo. ¡Tú sabes que vivo sólo para ti, cerca de ti, con tu respiración!» Recrimina: «Es muy fácil decir que hay que recitar, cada día, noventa y nueve veces uno de los noventa y nueve nombres de Dios... ¡Y eso durante noventa y nueve días! Pero el idiota del mulá no sabe lo que es estar sola con un hombre que...», no encuentra la palabra, no se atreve a decirla, «... ¡estar sola con dos niñas pequeñas!» masculla en sordina.

Un largo silencio. Casi cinco vueltas de rosario. Cinco vueltas durante las que la mujer se queda pegada a la pared, con los ojos cerrados. La llamada a la oración del mediodía la arranca del sopor. Coge una pequeña alfombra, la despliega y la extiende en el suelo. Comienza a rezar.

Concluida la oración, se queda sentada sobre la alfombra para escuchar al mulá predicar los hadith de ese día de la semana: «... y hoy es un día de sangre, porque fue un martes cuando Eva expulsó su sangre impura por primera vez, cuando uno de los hijos de Adán mató a su

hermano, cuando fueron muertos Gregorio, Zacarías y el profeta Yahya, que la paz sea con ellos, los hechiceros del faraón, Asiya, esposa del faraón, y la becerra ofrendada por los hijos de Israel...».

Mira lentamente a su alrededor. La habitación. Su hombre. Ese cuerpo en el vacío. Ese cuerpo vacío.

La inquietud invade su mirada. Se levanta, dobla la alfombra, la vuelve a poner en su sitio, en una esquina de la habitación, y se va.

Algunos instantes más tarde, regresa para comprobar el nivel de la bolsa de suero. Queda poco. Fija la mirada en el gotero, observa los intervalos entre las gotas. Son breves, más breves que los que acompañan la respiración del hombre. Regula el flujo, espera a que caigan dos gotas, después se retira con gesto decidido: «Voy a la farmacia a buscar suero». Pero, antes de franquear la puerta, sus piernas vacilan, su voz exhala una queja: «Espero que hayan podido conseguirlo...». Abandona la habitación. Se la oye despertar a las niñas, «venga, vamos a la calle», y salir, seguida por los pequeños pasos que corren por el pasillo, por el patio...

Después de tres vueltas de rosario, doscientas setenta respiraciones, están de vuelta.

La madre lleva a las niñas al cuarto de al lado. «Mamá, tengo hambre», llora una. «¿Por qué no has comprado plátanos?», se queja la otra. «Voy a daros pan», las consuela la madre.

Cuando el sol retira sus rayos de los agujeros del cielo amarillo y azul de la cortina, la mujer reaparece en el umbral de la habitación. Echa una larga mirada al hom-

bre, después se le acerca, comprueba su respiración. Sigue respirando. La bolsa de suero se acaba. «La farmacia estaba cerrada», dice y, con aire resignado, espera, como si fuese a recibir nuevas instrucciones. Nada. Nada más que respiraciones. Sale de nuevo y regresa con un vaso de agua. «Habrá que arreglarse como la última vez, con agua con azúcar y sal...»

Con un movimiento rápido y hábil, le quita el catéter del brazo. Retira la aguja. Limpia la sonda, la introduce por la boca entreabierta y la mete hasta que llega al tubo digestivo. Después, vierte el contenido del vaso en la bolsa de suero. Regula las gotas, verifica el intervalo. Por cada respiración, una gota.

Y vuelve a marcharse.

Una decena de gotas después, regresa. Con el chador en la mano. «Tengo que ir a ver a mi tía.» Espera un poco más... a que le den permiso, quizás. Su mirada se extraña. «¡Me he vuelto loca!» Nerviosamente, se da la vuelta y sale de la habitación. Tras la puerta, en el pasillo, su voz, «me da igual...», se va y vuelve, «lo que pienses de ella», se va, «yo la quiero», vuelve, «no me queda nada más que ella... mis hermanas me han abandonado, tus hermanos también...», se va, «... verla», vuelve, «la necesito...», vuelve, «¡... ella te cabrea... y yo también!». Se la oye marcharse con las dos niñas.

Su ausencia dura tres mil novecientas sesenta respiraciones del hombre. Tres mil novecientas sesenta respiraciones a lo largo de las que no ha sucedido nada, aparte de los acontecimientos previstos por la mujer: el aguador llama a la puerta de los vecinos. Una mujer de tos ronca le abre la puerta... Algunas respiraciones después, un muchacho pasa por la calle montado en bicicleta,

silbando la canción de «*Laila, Laila, Laila yan, yan, yan,* me has roto el corazón...».

Luego regresan, ella y las dos niñas. Las deja en el pasillo. Con gesto seco, abre la puerta. Su hombre sigue allí. En la misma postura. Con el mismo ritmo de respiración. Ella está completamente pálida. Incluso más que él. Se apoya en la pared. Tras un largo silencio, gime: «¡Mi tía... no estaba en su casa... se ha ido!». Pegada a la pared, va deslizándose hasta llegar al suelo. «Se ha ido, ¿adónde? Nadie lo sabe... Ya no tengo a nadie... ¡a nadie!» Le tiembla la voz. Se le cierra la garganta. Se le escapan las lágrimas. «¡Ella no sabe lo que me ha pasado... no lo sabía! Si lo supiera, me habría dejado un mensaje, habría venido corriendo a ayudarme... ella te detesta, es cierto, pero a mí me quiere... quiere a las niñas... pero tú...» Su voz se convierte en un sollozo. Se aparta de la pared, cierra los ojos, respira profundamente para decir alguna palabra. Pero no llega a hacerlo. Esa palabra debe de ser pesada, repleta de sentido, tan pesada que le aplasta la voz. Tiene que guardarla en su interior, y buscar otra ligera, suave, fácil de decir: «¡Y tú, tú sabías que tenías una mujer y dos hijas!». Se golpea el vientre. Una vez. Dos veces. Como para expulsar esa palabra pesada que se ha escondido en sus tripas. Se acuclilla y grita: «¿Es que no pensaste ni por un momento en nosotras mientras empuñabas tu puto kalashnikov? Hijo de...». Todavía reprime esa palabra.

Por un instante, permanece inerte. Cierra los ojos con fuerza. Baja la cabeza. Gime dolorosamente. Largamente. Mueve los hombros al ritmo de la respiración. Siete respiraciones.